

Núm. 15

Precio: 20 cénts.

Tierra y Libertad

REDACCION
Y ADMINISTRACION
Unión, 7 - Teléf. 23658
BARCELONA

Madrid-Guadalajara-Brihuega

Madrid, corazón del mundo

La carretera que nos introduce en Madrid por la barriada de las Ventas se halla en un momento de actividad febril. Caravanas de camiones cargados de víveres afluyen desde los pueblos de la retaguardia hacia la entraña de la histórica ciudad. Sus grandes cartelones con inscripciones de ¡¡Viveres a Madrid!! y ¡Ayuda a Madrid! pregonan bien alto que la solidaridad de las demás regiones no es cosa vana y de alharacas lúneas.

La riada de camiones, autos y motoristas de enlace nos patentizan que entramos en una ciudad en pie de guerra. El tráfico intenso no cesa nunca un solo instante. Los Guardias del Control paran nuestro coche. Hemos llegado. Nuestro corazón no puede menos que estremecerse de emoción al pisar el suelo de la mil veces heroica Villa del Oso y del Madroño.

¡Salve Madrid! Pueblo de las gloriosas gestas de la derrota de Napoleón. Pueblo de la brillante lucha del Cuartel de la Montaña en donde se aniquiló para siempre la farándula de los militares de cuartelazos y pronunciamientos. Yo te saludo, besando con el corazón, las glosas de tu empedrado callejero donde ha corrido y corre la sangre generosa de los hijos del pueblo.

El interior de la ciudad

Causa un efecto, un tanto raro (pero muy alentador), el ver la multitud de habitantes que circulan por las calles. Obreros que se dirigen a sus quehaceres habituales, milicianos, muchos milicianos que transitan por las calles con el optimismo reflejado en sus semblantes. Infinidad de niños y mujeres que por la tarde pasean pacíficamente o se sientan en los céspedes de los jardines públicos a tomar el sol, dando en algunos parajes una estampa de color, de alegría y de paz digna de reproducirla el pincel del brioso pintor aragonés, que tan bien supo adentrarse en el alma de Madrid, de las grandezas y miserias de esta inquieta España.

Hoy Madrid es invencible. De la Corte y la Villa ha desaparecido para siempre la primera. Por la criba social se ha ido eliminando toda la podre y hoy sus habitantes son sólo la Villa, la medula del pueblo, compuesto de bravos y sufridas mujeres, de hombres de temple duro, dignos descendientes del Dos de Mayo, que afinados y remozados por las nuevas concepciones sociales, lucharán y harán posible el vencimiento de la ciudad codiciada por los modernos «apostólicos».

Bombardeos

Ahora los pajarracos negros no vuelan como antes por el cielo bello y matizado de los atardeceres de Velázquez. Por dura experiencia saben lo peligroso y lo imposible de los anteriores vuelos y Madrid hoy ya no es bombardeada tan intensamente.

La huella de sus pasadas incursiones es una de las más grandes pruebas de barbarie que ha registrado la historia. Los barrios más castigados por los bombardeos y más próximos a los frentes, ofrecen un espectáculo de desolación que eriza los nervios de rabia. Las casas derruidas, los montones de escombros, la calma rara y severa de sus casas deshabitadas, nos hablan de la envergadura de las batallas que han tenido que librarse y que han sido ganadas palmo a palmo y a pulso por el pueblo trabajador.

Madrid es hoy prácticamente inexpugnable. La fortaleza de sus parapetos y fortificaciones, el excelente material bélico y la pericia y arrojo de nuestras Milicias Populares, harán que frente a la Capital de la Revolución se estrelen todas las intenciones desencadenadas por todos los fascios del mundo.

¡Viveres a Madrid!

Si, camaradas; ¡viveres a Madrid! No tenemos más que las ciudades de retaguardia coman mejor que en zonas de guerra. Mucho se hace por la Ciudad capitalina, infinidad de caravanas salvan grandes distancias, llevan a los combatientes y al vecindario madrileño su solidaridad; pero tengamos bien presente que la Ciudad en pie de guerra necesita todo nuestro apoyo.

Es muy triste el espectáculo de esas cosas interminables de niños y mujeres que se pasan las horas, y a veces todo el día frente a las tiendas para alcanzar algún poco de alimento. Aunque hay muchos, pero no debemos sobrecargar a ese pueblo con otros sufrimientos que no sean los del orden guerrero. El temple del espíritu, va acompañado del alimento positivo del cuerpo y por lo tanto el organismo que no se nutre es una voluntad que se atrofia y que decae.

Hospitales de sangre

Varios hoteles espaciosos y algunas antiguas viviendas de la parroquia de San Mateo, han sido habilitados para hospitales. Visitamos uno de ellos. De todos sacamos buena impresión. En el antiguo Hotel Ritz visitamos a varios heridos y enfermos que procedían en su mayoría del Sector de Jarama. Médicos y enfermeras trabajan con verdadera vocación y entusiasmo para aliviar en lo posible las deficiencias de estos establecimientos de urgencia. Las camaradas Carmen, Marina y Eugenia, de la Agrupación «Mujeres Libres»; nos sirven de amables ciceronas, al mismo tiempo que cumplen su humanitaria labor de visitadoras y reparten tabaco, pañuelos y calcetines a los hospitalizados.

El Hospital Confederal, que funciona en un hotel de construcción moderna y alegre, se halla rodeado de un precioso jardín que da una excelente impresión de reposo y recogimiento. A trueque de ser pesados y machacones, volvemos a dar un nuevo e insistente aldabonazo a la obligada ayuda de retaguardia. Los hospitales madrileños deben ser espléndidamente atendidos. No debemos consentir que en dichos benéficos establecimientos se carezca de nada.



Así quedó el barrio de Argüelles del heroico Madrid... Ante sus ruinas, enmudezcan los que en Londres y París preparan la «mediación» entre el pueblo español y los siniestros asesinos de los niños y mujeres sepultados bajo sus escombros... (Foto Pac Durán)

Niños cerca de los frentes

Los niños de Madrid, tan bellas y tan lindos, no deberían vivir la guerra. Es un dolor el verlos jugar entre los escombros de las casas derruidas, o haciendo cola en las tiendas, o jugando a la guerra en los refugios, o burlando la vigilancia de sus padres para acercarse, con la inconsciencia de sus pocos años, a los sitios de peligro. Los niños deberían ser evacuados, tanto por seguridad de sus cuerpos como por el equilibrio de sus ternas almas. En niños, al alimentarse, viven dentro el espectáculo de la guerra, que podrá ser para el hombre sano y capaz de pillar nuevas ideas que para los niños del futuro.

Por encima del pretendido derecho exclusivo de los padres sobre sus hijos, hay otro derecho sobre ellos, más legítimo, que es el de la colectividad, que tiene el deber de conservar a éstos

niños en las mejores condiciones para forjar un mañana feliz. ¡Madres! No seáis egoístas. Puesto que ya muchas de vosotros sabéis de la amargura de ver a vuestros retoños ametrallados, poned a vuestros pequeños en lugares seguros. La solidaridad de las demás regiones y la Internacional harán que vuestros hijos no sufran y se desenvuelvan en un ambiente alejado del infierno de la guerra, en un medio social tan necesario para su crecimiento.

Guadalajara

Por la carretera, camino de Torija y de Brihuega, nos cruzamos con veloces camiones que conducen nuevos refuerzos a las líneas de fuego. Enormes cañones de largo alcance pasan mudos y enfundados en resistentes lonas. Banderas rojas y negras flotan agitadas por el aire seco y puro de las severas planicies de Castilla. El optimismo y el deseo de vencer se refleja en los rostros de los camaradas, que al pasar nos saludan con los brazos en alto y las manos entrelazadas, saludo que simboliza el P.H.P.I. que debe regir en todas las relaciones de los sectores populares...

Cruzamos el Jarama, Alcalá de Henares y llegamos a Guadalajara. Un enorme palacio histórico en ruinas y algunas casas reducidas a escombros, nos manifiestan que han volado los pajarracos fascistas. Seguimos ruta, atravesando llanuras sembradas y pocas y pocas pajas desnudas, hasta que en un recodo del camino parece ante nuestra mirada, Torija.

Esto es un paisaje triste y insignificante que a no ser por esta guerra seguramente hubiera seguido durmiendo su monotonía de paz; pero ahora se abre ante nuestra vista y ante la historia un punto de extraordinaria atención y de gran relieve, ya que Torija fué el límite del avance fascioso para establecer el cerco a Madrid.

Camino de Brihuega

De Torija hacia adelante ya comenzamos a ver los efectos de las batallas. A derecha e izquierda de la carretera vemos algunas casuchas quemadas, autos con las ruedas encarradas hacia el cielo, alambradas retorcidas, árboles arrasados cuyos ramales languidecen pegados a la tierra, otros astillados, en formas caprichosas, hoyos de obuses, multitud de hoyos de obuses, cuya profundidad rompe la armonía de las llanuras. Por todas partes zanja protectoras para disparar, niños de artillería deshechos; por doquier que lanzamos la mirada, vemos ante nuestra memoria las páginas de Remarque y Ludvig Renn.

Nos acercamos a Brihuega. La carretera que desciende hasta el pueblo, enclavado en un hondo muy profundo, se halla partida por una enorme cortadura. Está lloviendo. Por los bordes de la cortadura se desliza cantarina el agua, pulimentando y brillantando las pequeñas y blancas pedrecitas. Por otra carretera colocada en plano superior, seguimos la marcha. Y hétenos aquí en el interior de Brihuega...

Suena el toque de la hora de comer y de todas las bocacalles y casas salen corriendo multitud de milicianos que se dirigen con sus platos en busca de condumio. Nuestra visita les extraña un poco y nos miran con curiosidad. Descendemos del vehículo y comenzamos, bajo una lluvia espesa, a repartir Mujeres Libres y TIERRA Y LIBERTAD. Con gran entusiasmo acogen

(Pass a la página 7)



El compañero Cipriano Mera, explicando una operación realizada en la toma de Brihuega.